

La sociedad que no cura sus heridas

Impactos de una Comisión de la Verdad.

Por: Edgar Gutiérrez

Una Comisión de la Verdad se instala en el periodo de posconflicto cuando las fuerzas políticas locales e internacionales, con cierta autonomía de las partes en conflicto abierto, tienen palanca en el nuevo régimen y la sociedad atraviesa el tiempo psicológico de la catarsis. Esas comisiones son parte de las herramientas para impulsar políticas oficiales de reconciliación nacional.

Su misión consiste en reconstruir la historia del desgarre social en base a documentos oficiales y testimonios de las partes involucradas y de las víctimas. Producen un informe y propician una pedagogía de paz, perdón y reconciliación a fin de sensibilizar a la nación para que los hechos atroces no se repitan. Algunas comisiones se proponen develar las identidades de los responsables de las violaciones, y otras promueven procesos en los tribunales, como recursos directos contra la impunidad. Esos no fueron mandatos para la Comisión del Esclarecimiento Histórico (CEH) que hace diez años presentó su informe.

El impacto de una Comisión de la Verdad está condicionado por el contexto político del país en que opera. El impacto inmediato puede ser limitado, como en Chile, pero el curso político, la independencia de poderes y la instauración del Estado de derecho puede ensanchar sus objetivos. Por eso las comisiones de la verdad son sólo un eslabón –y quizá no el fundamental– en un encadenamiento de reconstrucción del tejido social, donde la naturaleza del poder político, la institucionalidad democrática y la organización social son la condición sine qua non.

Una inquietud que ronda el impulso de una comisión que juzga el pasado, es si pone en peligro un proceso de paz o, al revés, si ayuda a estabilizarlo. A pesar de los temores de grupos conservadores, no era una pregunta aplicable a la CEH, aunque sí al Remhi –que no era producto de un acuerdo político– y la respuesta fue el martirio del obispo Gerardi, no obstante su enfoque pastoral de encontrar “la paz desde abajo (de la sociedad) y desde dentro (de la persona)”. Como el país quedó atrapado en una solución de continuidad de impunidad criminal, sigue siendo una ardua tarea abrir cauces sanos e institucionales para procesar los sentimientos de injusticia, que de otro modo se traducen en traumas generacionales. Los costos de curar mal las heridas de un holocausto se pagan políticamente en el largo plazo, aunque socialmente el dolor no reconoce plazos.